MIGUEL HERNÁNDEZ EN ITALIA: TRASCURSO HISTÓRICO, PRESENTE Y FUTURO DE UNA VOZ

Gabriele Morelli
Universidad de Bérgamo

Los años sesenta

Para los amigos de Miguel Hernández aquí presentes quisiera subrayar con cierto orgullo que ya en Italia, en los años Cincuenta, el maestro Oreste Macrí en su antología titulada *Poesia spagnola del Novecento* (Parma, Guanda, 1952) había dado bastante espacio, en cuanto a presentación crítica y textos poéticos, a la figura y a la poesía de Hernández, de quien presenta y traduce varios poemas, entre los cuales sobresalen la "Elegía" (a Ramón Sijé), el tríptico de "Hijo de la luz y de la sombra" y "Nanas de la cebolla", que titula sencillamente "Nana a mi niño". Las páginas críticas sobre el poeta oriolano van reunidas bajo el apartado "La poesía mística y telúrica de Miguel Hernández". Entre los fuentes de marcada referencia literaria en la lectura de nuestro poeta oriolano, Macrí señala a Góngora, Quevedo, Garcilaso de la Vega, y la lírica del amor divino de San Juan de la Cruz, influencia estilística presente en los sonetos de *El rayo que no cesa*, e igualmente recuerda a Fray Luis de León y Miguel de Unamuno en los versos "Me llamo barro aunque Miguel me llame". Sobre la esencia profunda del sentimiento de amor que expresa la poesía del autor de Orihuela, el hispanista italiano escribe con su estilo hermético-barroco: "La piedad familiar de Hernández, tan desierta y exquisita, es el difícil amor de toda gran poesía que radica en la matriz natural del sexo santificado, y brota del misterio de una encarnación eterna de las categorías espirituales en la carne mortal y en sus institutos político-económico" [LXI]. Como conclusión deja esta semblanza intuitiva, en la que reafirma la grandeza y peculiaridad de la obra de nuestro poeta. Escribe:

> La figura de Hernández sella dignamente el 25, restaura el humanismo del 98, remonta a las raíces del canto ibérico en sus mitos y valores de misterio, historia y país, abre a las nuevas generaciones aquel camino de lo

humano, que ya el corazón de León Felipe había intuido entre modernismo y 25, y Lorca había sublimado en figuras ejemplares [Id.].

Si la antología *Poesia spagnola del Novecento* de Macrí da a conocer el nombre del poeta a los lectores italianos, serán el libro de Dario Puccini, *Miguel Hernández. Poesie* (Milano, Feltrinelli, 1962) y su anterior entrega *Romancero della Resistenza spagnola (1936-1959)* (2 vols., Milano, Feltrinelli, 1960) los principales medios de penetración en Italia de la obra del poeta, capaces de darle una visión internacional, es decir menos provinciana, hagiográfica o reductora, colocándola en un ámbito europeo o, mejor, universal. En el libro dedicado a Hernández, Puccini manifestaba su preocupación y también indicaba el método para la preparación de una futura edición de las Obras Completas del poeta, porque en la publicación argentina de Losada (1960) advertía muchas dudas de carácter textual, sobre todo en cuanto a la ausencia de inéditos y, además, la presencia de errores ya señalados por algunos escritores y críticos, entre los cuales destaca Leopoldo de Luis. Igualmente el hispanista italiano anotaba la tendenciosidad (falangista) de algún planteamiento biográfico, como el de Juan Guerrero Zamora en *Miguel Hernández, poeta (1910-1942)* (Madrid, El Grifón, 1955) con el fin de que el libro fuese aceptado por el poder clerical-franquista, aunque el estudioso romano admitía la utilidad del estudio y la de algunos de sus análisis que consideraba interesantes. Además a Dario Puccini le debemos su afortunado y ya citado libro *Romancero della Resistenza spagnola*[1], que no sólo recoge los poemas correspondientes al periodo de la Guerra Civil española y también otros poemas de la militancia política del poeta oriolano, sino que incluye los textos que llegan hasta la actualidad ligados al movimiento permanente de protesta e insurrección contra el fascismo en España. De la poesía de Hernández el libro presenta el poema "Viento del pueblo" y, en la edición de 1965, añade "Sentado sobre los muertos", que igualmente coloca en la segunda, titulada "18 de Julio 1936-18 de Julio 1938".

1. El libro, cuya denominación, como advierte el autor en su premisa, tiene una connotación enunciativa en función metonímica –"porque expresa muy bien la idea de una súbita, intensísima y general explosión de poesía" (p. 17)–, tuvo pronto un gran éxito y una recepción a nivel internacional, como muestran sus sucesivas y numerosas ediciones, enriquecidas y ampliadas: *Romancero della Resistenza spagnola,* Milano, Feltrinelli, 1960; Roma, Editori Riuniti, 1965; Bari, Laterza, 1970; edición francesa, Paris, Maspero, 1962, 1971, 1977; edición mexicana, México D. F., Era, 1968; edición española, Barcelona, Península, 1982. La Introducción fue parcialmente reeditada en *Gli Spagnoli e l'Italia*, a cura di D. Puccini, Milano, Banco Ambrosiano Veneto-Libri Scheiwiller, 1997, pp. 72-86.

En efecto, volviendo al interés de Puccini por la obra del poeta pastor, recodamos su artículo "Una poesía inédita de Miguel Hernández", que da a conocer en España en la revista *Cuadernos* (París, 42, 1960), al que sigue, dos años después, como se ha anticipado, su libro italiano *Miguel Hernández. Poesie* (Milano, Feltrinelli, 1962; 1970, 2ª edición de bolsillo, tirada de mil ejemplares), que comprende un largo estudio sobre la vida y la obra del poeta y una importante selección de los mejores poemas del autor en traducción italiana. Segunda aportación dedicada al autor de Orihuela será el volumen *Miguel Hernández. Vita e poesia* (Milano, Mursia, 1966): una reelaboración, ampliada en la parte crítica de la Introducción del libro anterior, donde perdura la unidad de la visión de Puccini, quien añade en el Apéndice un interesante *excursus* ecdótico que afronta los problemas textuales no resueltos de la poesía de Hernández, estudiando con acierto las variantes de la obra del autor.

La exégesis de Puccini –que Macrí considera notoriamente comprometida y en función del 'mensaje' poético-humano y humano-poético de una pura reducción de la vivencia mortal-artística a un altísimo ejemplo de protesta, expresión de la escuela de Antonio Gramsci– denuncia una serie de rémoras y contrariedades que han impedido hasta ahora (estamos a comienzos de los año 60) una lectura correcta de la lírica de Hernández, pero que Macrí coloca en la línea de la pasión mística y trascendente de la obra de Fray Luis de León y San Juan de la Cruz y, en general, del "metaforismo católico-barroco", donde encuentra la decantación y conversión de los elementos carnales en ascesis. Visión opuesta a la de Puccini –de aquí la polémica que surge entre los dos hispanistas–, ya que para este último la poesía de Hernández es sobre todo confesión directa y presencia de las cosas, confluencia en la palabra poética de la historia sentimental y civil del poeta. En fin, la poesía de Hernández para Puccini requiere una indagación que se apoya en la biografía; biografía que es la "historia de un alma", según una cita de Erich Auerbach, que reza: "En todo caso lo que en una obra comprendemos y amamos es la existencia de un hombre, una posibilidad de nosotros mismos", y que el hispanista italiano utilizará como epígrafe en su libro *Miguel Hernández. Vita e poesia*, en versión castellana (Buenos Aires, Losada, 1970), después reeditado bajo el título *Miguel Hernández. Vida y poesía y otros estudios hernandianos* (Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1987); en esta edición, a cargo de José Carlos Rovira, existe un resumen de la contribución crítica de Puccini a la poesía del autor oriolano. Dos años después Puccini publica también "Diez sonetos inéditos de Hernández" (*Revista Nacional de Cultura*, Caracas, 184, 1968).

Sobre la exégesis del crítico italiano de la obra del poeta de Orihuela, Aitor L. Larrabide, actual director de la Fundación Cultural Miguel Hernán-

dez, señalaba ya en su exhaustivo trabajo doctoral[2] unos cuantos errores y no acertados enfoques críticos, entre los cuales el de considerar *El rayo que no cesa* una obra de transición hacia un estadio más ideologizado; al mismo tiempo relevaba bastantes inexactitudes, como la fecha equivocada de la participación de Hernández en las Misiones Pedagógicas desarrolladas entre 1933 y 1935 y no por Andalucía sino en Castilla. Sobre el asunto es importante leer el trabajo de José Luis Puerto, *Miguel Hernández en las Misiones Pedagógicas en tierras salmantinas* (Fundación Instituto Castellano y Leonés de Lengua, 2010), donde el autor aclara los confusos indicios anteriores, valora la política cultural de las Misiones Pedagógicas y descubre los pueblos salmantinos (Iruelos de Mesonuevo, Ahigal de Villarino, Brincones y Puertas) visitados por Hernández; además describe el papel que desarrolló el poeta, da nombre a los participantes y a los programas de aquellas jornada que consistían en lecturas poéticas, proyecciones de música tradicional, etc. Pero hay algo más: Puerto, que además de poeta es excelente estudioso, visita estos ambientes rurales ya descoloridos por el tiempo, entrevista a los testigos supervivientes de estas jornadas memorables, antiguos niños y ahora ancianos, quienes, al rememorar los hechos, aún expresan su admiración y asombro. Algo parecido a las funciones teatrales de La Barraca de Lorca en los pueblos de España debió de pasar en esta misión por tierras salmantinas, sobre los cuales nuestro autor ha dejado una rica documentación inédita.

Mi encuentro con Josefina

En otra ocasión he recordado mi visita a Josefina[3] y ahora quiero recuperar sus datos para volver a contar una de las experiencias más emotivas de mi vida de hispanista.

De Milán en tren hasta Barcelona, donde me paré un par de días, y después con otro tren hacia el Sur, llegué a la pequeña ciudad de Elche, donde vivía la musa de Miguel Hernández. De inmediato, me dirigí a la persona indicada por Aleixandre mientras guardaba la papelita que, a través de José Luis Cano, a quien conocí en Salamanca en 1961, el poeta de *La destrucción o el amor* me había hecho llegar, siempre por medio José Luis Cano, para facilitar mi contacto con la mujer. En cuanto la vi, saqué la pequeña nota de Aleixandre para entregarla a Josefina; nota que decía, sencillamente, que "irá a verle un joven hispanista italiano interesado para su trabajo de tesis en la

2. Aitor L. Larrabide Achútegui, *Miguel Hernández y la crítica*, León, Universidad de León, 1999, pp. 116-117.
3. «Mi primer encuentro con Josefina Manresa. Entre realidad y memoria», *Canelobre* (Alicante), 56 (Invierno 2009-2010), pp. 230-243.

obra de Hernández y que necesitaba su ayuda». Ahora mismo recuerdo la cara morena de Josefina leyendo las breves línea de Aleixandre, en perfecta armonía con su persona y con su traje negro, en que asomaba la determinación de una mirada cortante. Pronto le rogué si podía acompañarme a visitar la casa del poeta en Orihuela, y pronta fue su respuesta: "No, no quiero volver nunca a verla". Desistí en el momento, pero no perdí mi determinación, ni renuncié a mi proyecto. Al día siguiente, volví a presentarme en su casa y tampoco quise llamar a la puerta, ya que la vi mientras cosía frente a una ventana que daba a la calle, inundaba por la luz de una mañana esplendorosa: la llamé, y me presenté con tres billetes del viaje en autobús a Orihuela y, antes que pudiera decirme algo (había calculado su duro rechazo), le dije: "Esta entrada es para Usted, la otra para mí y la tercera para Miguel que, sin duda, nos acompañaría". Las palabras proclamadas en voz alta por un joven estudiante que llegaba de lejos y, quizás, mi actitud aparentemente atrevida pero que escondía el temor de volver a Italia sin algo concreto, la sorprendió y de golpe la ablandó. De repente, mirándome fija en los ojos mientras yo esperaba una tajante negativa, me dijo que me acompañaría por respeto a Aleixandre, pero que jamás cruzaría los umbrales de aquella casa.

Así fue. Viajamos en autobús: esos lentos, ruidosos, asfixiantes autobuses de los años sesenta que renqueaban con hedor a nafta y polvo. Durante el trayecto, Manresa se quedó muda, ensimismada y con actitud distante. Yo intentaba sonsacarle sobre su relación con Miguel, sobre todo en su último período de prisionero, pero ella permanecía silenciosa y como ausente. Su cara sólo se animaba cuando le contaba la estupenda acogida de la poesía de Hernández en Italia, sobre todo entre los estudiantes universitarios. Sus ojos sonreían y se iluminaban al escuchar que el poema preferido era las "Nanas de la cebolla". Recité de memoria las dos primeras estrofas y ella las repetía con voz imperceptible y un sutil movimiento de sus labios finos. Revelaba una manera particular de agrupar las palabras que me sorprendió por su acento andaluz, rápido, suave, que superaba la ruptura del verso y se abría a un ritmo sin pausa alguna. Al final, me confió que Miguel le había mandado estas "coplillas" en una carta donde explicaba la razón de su génesis. Como es sabido, el poeta había compuesto esta canción de cuna en la cárcel. La copió su amigo, Luis Rodríguez Isern, con quien Hernández coincidió en la misma en 1939. Muchos años después conocí a Luis Rodríguez y le pregunté sobre el episodio que me había contado Josefina. Me enseñó una nota suya sobre el asunto, aparecida en el *ABC* del 28 de marzo de 1983, que copio:

> Una mañana, en el patio de la cárcel nos leyó unas coplas "o coplillas", como él las llamaba, que se las había inspirado una carta de Josefina, su mujer, en la que le contaba que sólo comía pan y cebolla. No es que comiera

> cebolla cruda, como algunos creen, sino un guiso pobre de patata y cebolla. Yo hice una transcripción de aquellas "coplillas" y de otros poemas. Después, cuando le internaron en Conde de Toreno y yo había salido libre, iba de vez en cuando a comunicar con él, y luego visitaba a Vicente Aleixandre para darle noticias del amigo preso. Un día le llevé algunos poemas, entre los que estaban aquellas "coplillas" que no tenían título. Les puse "Nanas de la cebolla" y añadí esa nota que sale en todas las ediciones y que explica por qué Miguel las había compuesto. Parece que a Vicente Aleixandre uno y otra le parecieron bien[4].

Al llegar a Orihuela, Josefina me acompañó hasta cierto tramo de una calle ancha, que de improviso torcía hacia un callejón a la derecha. Me indicó que más adelante encontraría la antigua casa familiar de Miguel; después me saludó rápida con la mano. Insistí rogándole que viniese conmigo, pero fue inútil, pues ella se marchó, dejándome solo con un gran tumulto en el corazón propio del que atisba el culmen de la aspiración acariciada desde tiempo atrás: penetrar en los muros, visitar la morada del poeta.

Recupero otros datos de aquel diálogo. Durante las varias conversaciones, Josefina me preguntó por mi viaje y por el profesor Dario Puccini, con el cual, me informó, llevaba correspondencia y preparaba la primera antología italiana de la obra de Miguel, publicada por Feltrinelli en 1962. Sonriendo me dijo que mucho le gustaban los poemas traducidos al italiano: "Parecen más bonitos ya que suavizan un poco toda la pena que Miguel encerraba dentro. Pero –añadió– pude leer el libro sólo mucho tiempo después ya que cuando lo recibí tenía, y sigo teniéndolos, problemas en los ojos". Le pedí si podía ver y consultar los inéditos del poeta que ella guardaba: Josefina antes pareció no haberme oído y luego, bajo mi insistencia, contestó rápido que se los había entregado todos a Aleixandre y a otras personas que querían preparar una edición española de la obra completa de Miguel. Poco a poco me di cuenta de que todas las veces que aludía a los manuscritos o a la correspondencia del poeta, Josefina cambiaba de tema, o sencillamente simulaba no haber entendido mi aún incierto castellano. A veces, en vez de contestar a mis preguntas, ella quería conocer cuáles eran los libros que yo tenía del poeta. Le informé que el año anterior había comprado en Madrid el libro de las *Obras completas* de la editorial Losada. "En realidad –me dijo– casi todos los libros que han salido sobre Miguel llevan errores y erratas, a pasar de que yo he enviado materiales y he dado datos biográficos y retratos aún desconocidos de Miguel, que a veces no me han sido restituidos o, peor, se han perdido". Le dije que en

4. *Ibid.*, p. 236.

el tomo que tenía de Losada no me había dado cuenta de estos errores. "Hay erratas y mal ordenación cronológica de los poemas, aunque en este caso los textos han sido cotejados con los manuscritos originales que yo guardé en casas de parientes: además no entiendo bien lo que dice al final María de Gracia Ifach cuando escribe que Miguel "fue encarcelado por última vez en el cementerio de Alicante; en realidad, su muerte fue la liberación de una terrible enfermedad que le había destrozado por completo su alma y su cuerpo, lleno de pus y llagas en todas partes; liberación sobre todo del sufrimiento del estado en que se encontraba, separado de su hijo y de nosotros. Yo no podía verlo sufrir así; cuando la última vez me permitieron visitarlo en la cama de la cárcel, sabía que se iba pronto a morir: ya no tenía palabra sino sólo ronquido; pero igualmente, su desaparición fue un dolor tremendo para mí y para la familia". Josefina no estuvo presente en el momento de la muerte del poeta. Pero, me dijo que fue como si estuviera. "Yo estuve muriendo poco a poco con él", añadió en voz baja. A continuación le pregunté sobre los poemas del libro *El rayo que no cesa* que Hernández le había dedicado, aunque el propio Aleixandre me había señalado que no todos sus textos tenía Josefina como musa inspiradora.

Una pregunta, que no pude hacer a Josefina, es la que me ocasionó, años más tarde, el conocimiento personal del citado Luis Rodríguez Isern, compañero del poeta en la prisión de Torrijos quien, como es sabido, fue a saludar a Miguel antes de su traslado en la terrible cárcel de Palencia, donde Hernández sufrió hambre, humedad y frío que aumentaron su afecciones cerebrales de que ya padecía anteriormente y que incluso le causó una terrible hemorragia, como revela el propio Hernández en su carta, fechada el 24 de abril de 1941, enviada a Carlos Rodríguez Spiteri: "Que no me pase lo que me pasó en Palencia, de donde hube de salir enfermo y con una hemorragia muy grande".

Luis Rodríguez me confirmó lo que igualmente me había dicho Aleixandre: el deseo expresado por el poeta que Josefina y su hijo fuesen a vivir a Palencia o, a lo peor, en Madrid, para estar cerca de él, como revelan numerosas misivas y tarjetas del poeta enviadas a su esposa durante este período en que le pide continuamente que venga a vivir a Palencia: "Si consigo encontrar, entre las familias de mis compañeros de fatigas que residen en Palencia, alguna con quien pudieras estar, me gustaría que vinieras", suplica Miguel en la carta del 2 de octubre de 1940. Pero resulta, según la confesión que me hizo un día Aleixandre, al hablarme de su desafortunado joven amigo, que igualmente Hernández intentó buscar un domicilio para su familia en Madrid, y que para eso se había dirigido al maestro sevillano. Un dato que me confirmó el mismo Rodríguez Isern, cuando se lo pedí; una tentativa hecha personalmente por Aleixandre que chocó contra la resistencia de Josefina, que

no quiso abandonar su casa de Cox. A distancia de tantos años, mientras vuelvo en el recuerdo a mirar la cara morena de Josefina para que me conteste a la pregunta, me parece escuchar otra vez la voz pausada de Aleixandre diciendo:

> Sabes, le mandé decir a la pobre Josefina que mi hermana Conchita le había encontrado algo para que se quedara en Madrid, pero ella me dijo que no podía en absoluto separarse de sus parientes con un hijo pequeño y enfermizo, ya que necesitaba su sostén y ayuda.

Sucesivamente, el 28 de noviembre Miguel fue trasladado al Reformatorio de Adultos de Ocaña, y tampoco en este nuevo domicilio Josefina intentó acercarse a él, que la requería con insistencia. Queda la carta que le envió Miguel el 10 de enero de 1941, en que él le suplicaba ir a vivir a Madrid: "Con los 30 duros –le decía– y algunos más sí es posible, viviendo en familia, con la de Luis Rodríguez por ejemplo, para esperar la solución de mi situación, lo pasará bastante bien. Podremos vernos cada 15 días y podré contarte muchas cosas".

Los años setenta

Pero llegamos a la recepción italiana de la obra de Hernández durante la década de los años Setenta, y en este caso me parece interesante recordar también un congreso de profesores europeos que se realizó durante el régimen de Franco en España. Se trata del homenaje que la Asociación Europea de Profesores de Español dedicó al poeta oriolano en Alicante, celebrada del 26 de agosto al 2 de septiembre de 1973. Con motivo del centenario del nacimiento de Azorín se rindió también homenaje a Gabriel Miró y a Miguel Hernández: la presencia de este último se debe, me permito confesar, a la insistencia de mi persona en la última reunión de la Asamblea de la dirección de la Asociación que, cada año programaba su próximo encuentro. Era la primera vez que la Asociación se reunía en España, debido a la voluntad e insistencia del profesor Manuel Muñoz Cortés de la Universidad de Murcia, que ofreció la sede del congreso y facilitó la residencia de los participantes. Germán Bleiberg, quien, con un permiso especial regresaba a España de su exilio americano, trazó en el patio del Colegio de Santo Domingo de Orihuela, donde estudió el joven Miguel, un perfil conmovedor de la figura y la obra del poeta y su relación con la Generación del 36, además recordó al poeta amigo y compañero de lucha, con quien compartió en mayo de 1939 la cárcel de Torrijos. Al comienzo de su intervención, Bleiberg informó sobre la primera recepción de la obra de Hernández en España y Europa. Aquí sus palabras:

> La atención que ha merecido, tanto desde la vertiente biográfica como desde el ángulo crítico y estilístico, se atestigua por una ya bastante densa bibliografía: Macrí, Puccini, Morelli, Couffon y Concha Zardoya, que ya hace más de veinte años dedicó artículos y posteriormente un libro al poeta de Orihuela. A los nombres de los estudiosos en diversos países, hay que añadir la lista de poetas paisanos de Hernández, que han puntualizado una serie de pormenores y aportado datos biográficos y cronológicos sobre la evolución de la obra hernandiana: Manuel Molina, Vicente Ramos, José Guillén García, o el joven José Muñoz Garrigós, que ha estudiado en todo su alcance la valiente revista fundada por Ramón Sijé, *El Gallo Crisis*. Del cotejo de tan variadas fuentes bibliográficas y testimoniales, surgen algunos conflictos y contradicciones que, aparte de su escasa importancia para una visión de conjunto, no me propongo dilucidar aquí. Se trata ahora, para mí, ante todo de ofrecer un homenaje de corazón al amigo y compañero y también camarada, al poeta de Orihuela. Y no puedo echar en olvido su destino vital, su trágica consunción mortal en la enfermería de la prisión de Alicante, en marzo de 1942. Este conjunto de circunstancias nos obligará más a señalar las diferencias entre la individualidad de Miguel Hernández y la llamada generación del 36, que apoyar en meras coincidencias de fechas su posible vinculación con el grupo de la Republica[5].

En esos días yo frecuenté mucho a Germán Bleiberg, le di mi libro italiano (*Hernández*, Firenze, La Nuova Italia, 1970); lo acompañé a visitar la casa del poeta en Orihuela pero sin lograrlo, ya que no nos permitieron entrar. Yo quise acudir a la técnica empleada en mi primer viaje a Orihuela, en el verano de 1962 (sigo confuso sobre esta fecha a causa del tiempo transcurrido), cuando, tras visitar en Elche a Josefina Manresa, acompañada por ella, fui a Orihuela y por mi cuenta me acerqué a la casa del poeta. Llamé varias veces a su puerta, sin que nadie me respondiera. Solo, después de bastante tiempo, abrió una mujer gorda, invitándome a alejarme de allí, que era una casa particular y yo no debía molestar. Pero yo no desistí, me senté delante de la entrada y empecé a silbar y cantar hasta que la señora, molesta por el ruido de mi voz y mi presencia, me abrió de improviso la puerta y me permitió ver brevemente la casa y la huerta delante. Pero, en la nueva visita, Bleiberg me dijo que eso para él era demasiado peligroso, mejor que renunciáramos y abandonáramos la iniciativa.

En esos días de cotidiana frecuentación, Bleiberg me contó varias anécdotas de su relación con Miguel; recuerdo aquélla cuando el poeta llegó a la cárcel de Torrijos, donde él y algunos compañeros llevaban bastante tiempo

5. *Boletín de la Asociación Europea de Profesores de Español*, año V, nº 9 (octubre 1973), p. 29.

como presos; prisión, además que después compartió con el poeta durante cinco meses. A la llegada de Hernández, ellos se presentaron llevando barbas largas por no tener la posibilidad de afeitarse. Miguel los apodó "los grandes barbudos" y, de inmediato, fue en busca de una botella, la rompió delante de ellos, cogió un cristal, lo trabajó contra una piedra hasta hacerlo fino como una lama de metal y con eso cortó la barba a cada uno de los barbudos y tan hábilmente que ni una gota de sangre salió de sus caras.

El epistolario cruzado entre Dario Puccini y Josefina Manresa

Agrego, como información de la presencia del poeta en Italia, mi edición *Epistolario inédito sobre Miguel Hernández 1961-1972 entre Dario Puccini y Josefina Manresa* (Sevilla, Renacimiento-Fundación Cultural Miguel Hernández, 2011), que presenta la correspondencia inédita cruzada entre el hispanista italiano y la viuda del poeta. Una documentación que cubre un arco de diez años (del 16 de octubre de 1961 al 10 de octubre de 1971) y, en general, se centra en las iniciativas editoriales que Puccini se propone realizar en Italia en torno a la obra de Hernández, y donde no faltan también puntos de disidencia entre el crítico italiano y Josefina. Ésta, por ejemplo, al recibir en el verano de 1970 el segundo libro de Puccini, le agradece el envío y el resultado logrado en el esfuerzo de difundir la poesía de Hernández en Italia, pero tampoco se exime de señalar otras faltas concernientes a la documentación biográfica: "habiéndose Vd. guiado –escribe en su misiva del 26 de agosto– por otras biografías falseadas, tiene muchos errores. Además muchas suposiciones suyas son muy equivocadas". En la carta del 10 de octubre de 1971 (mientras tanto Josefina ha podido leer con calma el libro), el reproche es más directo. Leemos:

> Estimado Señor: Refiriéndome a mi última carta, cuando hagan la 2ª edición de su libro sobre Miguel, quiero que elimine Vd. la página 100 a partir de "El mayor interés del drama consiste en el material autobiográfico". Eso nunca existió, nunca le di pie para ofenderme de esa manera. Vd. piense la importancia que le da en el *Rayo que no cesa* a un beso que le dio al aire[6]. También le diré que casi todo ese libro lo escribió estando disgustados. Como ese tiempo de relaciones interrumpidas fue por parte de él, que dijo después, que se dio cuenta en seguida del error, pero que no quiso volver enseguida por temor a que yo no lo quisiera ya, y de ahí vienen sus quejas, como por ejemplo:

6. Naturalmente, la referencia al beso alude a soneto número 11, cuyo tema es, en efecto, el del beso robado en la mejilla de la joven modista: hecho que, si fuera verdad, según confiesa Josefina, lo habría sufrido como una verdadera deshonra.

¡Ay que acontecimiento de quebranto
ir a tu corazón y hallar un hielo
de irreductible y pavorosa nieve!

Los versos provienen del soneto 5, "Tu corazón, una naranja helada", perteneciente al libro *El rayo que no cesa*, donde el poeta describe –según Josefina– su retorno y arrepentimiento tras el periodo de distanciamiento ocurrido durante la segunda etapa madrileña, cuando el poeta vive nuevas relaciones sentimentales, entre las cuales destaca la intensa enlazada con la pintora gallega Maruja Mallo. Experiencia amorosa que Josefina niega rotundamente, como puede verse en su carta del 27 de enero de 1966, donde anima a Puccini a suprimir la historia con la pintora descrita por María de Gracia Ifach y ciertos pasajes de la biografía de Concha Zardoya, en particular el que se refiere a la muerte de su padre, movida por cierto mal entendido concepto de honor, unido al comprensible sentimiento de dolor y rabia por el asesinato del padre; en fin, una defensa "a ultranza" de su historia familiar. La voluntad de Josefina de separar la vida (y sobre todo la experiencia íntima que compartió con Miguel) de la obra literaria es constante, y eso choca contra la exigencia investigadora de Puccini que, al contrario, busca en los actos y momentos concretos de la biografía el legado espiritual para explicar su poesía. Leemos en la mencionada carta:

> De las *Obras Completas* ha de eliminar M. de Gracia, de punta a punta lo de la pintora que es una tontería que no existió. Concha Zardoya también dice en su libro que al morir mi padre se ocupó Miguel de mi familia. Miguel no podía hacer eso porque él no cobraba un sueldo, sino una limosna cuando pedía, además de que eso no lo hubiera consentido yo, ni mi madre menos. En nuestra manera de ser, admitir eso del novio es una deshonra. La gente escribe lo que encuentra más fácil. Que no digan tampoco que a mi padre lo mataron en el frente. Que lo dejen quieto si no quieren decir la verdad, que lo mataron en retaguardia sólo por llevar uniforme de la Guardia Civil, y después lo pisotearon diciéndole estos cerdos nos gustan a nosotros matar.

En la misma carta y en otras anteriores, Josefina advierte a Puccini para que no elija "datos donde le presentan a Miguel un político, que él no era. La gente lo confunde y toma más el aspecto de la política que lo humano que fue y bueno". Igualmente, Josefina, con referencia a su comentario sobre

el drama *Pastor de la muerte,* en la carta del 10 de octubre de 1971[7], le invita a quitar de su libro[8] lo que escribe en las páginas 104-105, donde Puccini, al referirse a la novia del pastor rebelde, Ana, apunta:

> El interés mayor del drama reposa en el material autobiográfico que Hernández proporciona, con candor, a manos llenas. Ante todo, el protagonista Pedro, el pastor de la muerte ("soy pastor de la vida por ser pastor de la muerte") es el mismo el, Miguel: como Miguel, el pastor del drama está decidido a ir a luchar "por un porvenir libre y claro", pero es detenido por la madre, las hermanas y la novia. Esta última, Ana, por no dejarlo partir, se le concede [...] pero al verlo parado en su propósito, llora, se desespera y dice que ha sido engañada y deshonrada por él es el mismo Miguel.

Contra semejante tesis, reacciona Josefina en su carta final del 10 de octubre de 1971:

> Yo no fui nunca hurona con él, sino todo lo contrario. Fui muy cariñosa y le di muy buen trato. Tuve la suerte de comprenderle desde la primera vez que lo vi, y tal vez antes que él a mí, motivo quizá para alejarse de mí en su estancia en Madrid. Para mí un beso del novio era perder el honor y en esa actitud siempre fui dura, además que yo lo quería demasiado y procuré tenerlo siempre con la misma ilusión, para nuestra felicidad.

En la correspondencia cruzada entre Puccini y Josefina encontramos también información sobre la difusión de la obra de Hernández en Italia alrededor del año 1965, en particular una carta del hispanista italiano ofrece una serie de interesantes datos, relativos a la divulgación de la poesía del oriolano, que editoriales, televisión y casas discográficas quieren divulgar. Léase la misiva, fechada 23 de septiembre de 1964:

> 1) Una editorial italiana –Nuova Italia– publicará un libro mío sobre Miguel dentro de 1965. La base del libro será la introducción que escribí para la antología de Feltrinelli en 1962. Pero añadí muchas páginas muy interesantes, y, creo, importantes.
> 2) El mismo libro será publicado por la editorial de la Universidad de Las Villas de Cuba dentro de 1965. Recibí un cable anunciándome esta noticia en estos días.

7. *Epistolario inédito sobre Miguel Hernández*, cit., p. 123.
8. Puccini, *Miguel Hernández. Vita e poesía*, cit.

3) La casa de discos Fonit-Cetra hará al fin el disco de los poemas de Miguel: principalmente de los poemas de amor. Pronto recibirá el contrato. El lector es uno de los mejores actores teatrales italianos: Arnoldo Foà.
4) Un poema de Miguel será leído hoy (o el miércoles próximo) en la televisión italiana. Recibirá los derechos a través de la Sociedad de Autores Española. El lector es el actor teatral Achille Millo; perdóneme si no se lo he dicho antes, pero yo mismo lo he sabido en estos días...
5) Dos poemas de Miguel –siempre traducidos por mí– van incluidos en otro disco de poemas de amor españoles (con poemas de los mejores poetas españoles contemporáneos) que Fonit-Cetra imprimió en noviembre de 1963 y del cual le hablé ya. Pronto le diré cómo y cuándo recibirá los derechos (aunque pequeños) de estos poemas, si ya no ha recibido algo.

Por su parte, Josefina sigue siempre con gran diligencia y atención el desarrollo de los proyectos anunciados por Puccini y no deja de protestar cada vez que el libro tarda en aparecer o, peor, la iniciativa no llega a su fin y el editor abandona el proyecto. En realidad, la viuda es muy consciente de su rol de depositaria de los derechos de autor, por lo que ejerce un control atento e interesado, a veces pidiendo un aumento económico respecto al del contrato anteriormente fijado, obligando, de este modo, al paciente corresponsal italiano a intervenir para convencer al director de la editorial. Tampoco la musa del poeta se abstiene de expresar juicios negativos sobre la marcha de la venta de primer volumen italiano de Puccini. Escribe, en fecha 27 de diciembre de 1964:

El libro de Feltrinelli va muy despacio su venta. En el primer año se vendieron 892, y en el segundo año 1963, 52 ejemplares, a este paso hay edición para rato, pues aún quedan por vender 1236 ejemplares. Yo pensaba que se vendería más y estoy muy desanimada.

En fin, la voluntad de Josefina de separar la experiencia íntima que compartió Miguel de su obra literaria choca con la exigencia investigadora de Puccini, que busca en los actos de la biografía el legado espiritual para explicar su poesía. En esta defensa de su relación privada también entra el juicio sobre la participación militar y política desempeñada por Hernández, que Josefina niega ser de carácter ideológico. En fin, el motivo privado y el interés económico por la venta de obra del poeta son recorridos distintos en que se filtran y mezclan fragmentos de la historia familiar y editorial de Hernández y que ahora, a la distancia de tantos años, traen mueva luz sobre la vida y la obra del poeta.

La correspondencia entre Josefina y el hispanista abarca y supera la década a los años sesenta, un período en que la poesía de Miguel Hernández es leída y la obra del poeta circula entre los lectores italianos; después, a partir de la segunda mitad de setenta, el autor queda poco a poco marginado

dentro del estudio de algunos especialistas y el interés de reducidos centros universitarios; a partir de la segunda mitad de la década posterior llega un largo silencio sobre su obra que solo a comienzos del año 2000 se interrumpe y vuelve la atención hacia el poeta pastor de Orihuela.

BIBLIOGRAFÍA

Resumo el cuadro de las principales traducciones de la poesía de Hernández en Italia a partir de finales del año 1956, que es el siguiente:

Juana Granados, Poesia di Miguel Hernández, Varese-Milano, Cisalpino (coll. Goliardica), 1956.

Giuseppe Paioni, *Ninnananna della cipolla di Miguel Hernández*, Collezione Differenze, Urbino, 1958.

Anónimo, "Diez pensamientos inéditos", *L'Europa Letteraria*, Roma (febbraio 1961).

Arrigo Repetto, "Canto de independencia", *Nuova Corrente* (luglio-settembre 1961).

Dario Puccini, *Miguel Hernández. Poesie*, Milano, Feltrinelli, 1962.

Egildo Mengacci, *Hablando en castellano, poesia e critica spagnola d'oggi*, a cura di Giorgio Cerboni Baiardi e Giuseppe Paioni, Collezione Differenze, Urbino, Argalia, ottobre 1963.

Oreste Macrí, *Poesia spagnola del Novecento*, 2 vols., Milano, Garzanti, 1970.

Enzo Calcaterra, *Miguel Hernández: la terra, l'amore, la guerra, Poesia 1937-1939*, Tolentino, Polislab, 2002.

- *Figlio della luce e dell'ombra e altre poesie*, Tolentino, Polislab, 2002.

- *Tre amici, tre ferite. Elegie,* Tolentino, Polislab, 2003.

Traducciones de "Cancionero y romancero de ausencias":

Dario Puccini: n. 25, n. 26, n. 29, n. 40, n. 23, n. 5, n. 22, n. 27, n. 106, n. 13, n. 24, n. 19, n. 77, n. 91, n. 58, n. 56, n. 63, n. 74, n. 37, n. 75, n. 119, n. 120, n. 121, n. 51, n. 65, n. 18, n. 44, n. 1, n. 6, n. 11, n. 22, n. 12, n. 41, n. 50, n.

35, n. 59, n. 14, n. 78, n. 49, n. 117, n. 10, n. 71, n. 64, n. 61, n. 129, n. 52, n. 134, n. 122, n. 79, n. 130, n. 118, n. 135, n. 131, n. 132, n. 45, n. 136, n. 66, n. 70, n. 9, n. 137, n. 16, n. 76.

Egildo Mengacci: n. 42.

Oreste Macrí: n. 6, n. 61 (*Hijo de la luz y de la sombra*, I, II, III), n. 52 (*A mi hijo*), n. 79 (*Nanas de la cebolla*), n. 118 (*Cantar*).

Enzo Calcaterra: n. 62, *Hijo de la luz y de la sombra* (I, II, III), n. 63, n. 120, n. 121, n. 79, n. 51, n. 104, n. 1, n. 6, n. 18, n. 52.

Por último, añado a la lista de las publicaciones italianas, mi edición del *Cancionero y romancero de ausencias*, en su texto íntegro, que publicó en 2014 la editorial Passigli, Bagni-Ripoli (Firenze). Otro proyecto futuro es una nueva antología, que preparo para la editorial italiana Elliot, de Roma, para el año 2019.